

ficaces; pero fué un gran político, tuvo el talento de rendir homenaje á su predecesor sin caer en la manía demasiado comun de mudar de sistema, ántes por el contrario consiguió llevarlo á cabo y fijó la regla de que las relaciones entre los Estados son independientes de su religion y de su forma de gobierno. Tuvo ménos talento que Richelieu, pero le empleó mejor; y aunque fué tan combatido como este, nadie le echa en cara ninguna crueldad, tanto que los enemigos que odiaban á Richelieu, se reían de Mazarino. Y no es poco el resistir á la risa de los Franceses y haber despreciado las bravatas de Retz, no ménos que los gritos de las turbas; proseguir la marcha que se habia propuesto, aplacar los motines y acabar las guerras promovidas por su predecesor, así como el sumergirse á tiempo en medio de la desconfianza general, para salir luego á flor de agua. Consideraba obligacion de un ministro proteger el mérito, y hacia que Menage le indicara las personas instruidas para recompensarlas; señaló á Descartes, que se hallaba retirado en Holanda, una pension de mil escudos; llamó á muchos artistas dramáticos de Italia, entre ellos al insigne Fiorelli y al arlequin Dominico; introdujo la ópera (1), y la pasion á los juegos de azar á los cuales dedicaba la noche; y la corte siguiendo su ejemplo, abandonó los ejercicios corporales.

Ademas de los pingües legados que dejó á sus sobrinos (2), dejó tambien 60,000 francos al papa para la guerra contra los Turcos; al rey diez y ocho diamantes que debian llamarse los Mazarinos, sus cuadros y unos magníficos trabajos de Rafael; su rica biblioteca y 800,000 escudos para el colegio que tituló de las Cuatro Naciones, porque le destinó á la enseñanza de

(1) El poeta Perrin compuso una pastoral en cinco actos con prólogo, que se representó en Issy y en Vincennes con grandes aplausos. Se representaron tambien otras varias en París y en palacio, y aquel obtuvo el privilegio de una Academia de música (1639). Era eclesiástico; Cambert, que hizo la música, era organista del cabildo de San Honorato; los cantantes músicos eran de la catedral; maquinista el marques de Sourdeac, y Beauchamp compositor de los bailettes. Al poco tiempo obtuvo Lulli el privilegio de la ópera en París y en toda la Francia.

(2) Entre estos estaba Hortensia Mazarino, una de las mujeres mas famosas en la galanteria cosmopolitica de entónces. Carlos II pidió por dos veces su mano cuando era pretendiente, y luego que llegó á sentarse en el trono volvió á pedirla, pero se opusieron los ministros. El duque de Saboya la pretendió tambien, pero el cardenal queria que fuese reina de Francia. Aquella mujer, deseada de los reyes, que llevaba de dote 20,000,000, se casó con el mariscal de la Meilleraye, santurron y avaro, que la hizo desgraciada é infiel. Al cabo de siete años de disgustos, huyó de su casa vestida de hombre, y pasó á Italia como una verdadera heroína de novela, con muchas piedras preciosas y ninguna ropa, con 24,000 francos solamente, que el rey habia mandado á su marido le señalase. Permaneció algun tiempo bajo la proteccion de su antiguo pretendiente, y cuando este murió, pasó á la corte de su adorador Carlos II, en cuya gracia trataron los cortesanos sucediese á la duquesa de Portsmouth. Ya lo habia conseguido cuando se enamoró del príncipe de Mónaco; y con la pension de 4,000 libras esterlinas que el rey le señaló, puso casa de placeres, de juego, de tertulia, y se vió rodeada de amantes, entre los cuales se hallaba Saint-Evremond que, supo cortejarla sin hacer reír con sus blancos cabellos. Vivió con el nombre de Milagro de amor hasta cincuenta y cuatro años, sin perder su belleza (1699).

jóvenes de las cuatro provincias unidas por él á Francia, esto es, Pinerolo, Alsacia, Artois y Rosellon. Habiendo instituido heredero universal al rey, para acallar sus escrúpulos, este se lo perdonó, contentándose con heredar la plenitud del poder real, que era para él un legado mucho mas importante.

CAPÍTULO IV

Administracion de Luis XIV. — Colbert. — Economía política.

El predominio que frecuentemente ejercen las almas elevadas sobre todo lo que se halla próximo á ellas, habia tenido Luis sujeto á Mazarino, á él se referia en todo, iba á buscarle cuando le ocurría decirle alguna cosa, y era recibido como un particular; cuando murió dijo: *Hemos perdido un amigo*, y echó á llorar. Los Franceses habian deducido de todo esto que Luis era un hombre débil que necesitaba un guia; pero cuando sus ministros le preguntaron á quién debian dirigirse en lugar de Mazarino, contestó: *Á mi*; y dió órdenes á todos, mandando que nada se hiciese sin que él lo viera. Entónces dejó de haber ministro universal; los diversos asuntos se repartieron entre varios, y Luis, aunque en realidad dominado siempre por alguno, pudo darse la importancia de que lo hacia todo por sí mismo en los setenta y dos años de reinado, en que fué el alma de las vicisitudes de Europa. Desde el principio siguió la política del Grande Enrique, humillando á la casa de Austria; y como la depresion de esta le llevó al colmo del poder, le vino el deseo de adquirir toda clase de gloria; por lo que no contento con presentarse á la posteridad rodeado de sabios y artistas, quiso que su reinado obtuviese tambien laureles militares, destruyendo de este modo su prosperidad y preparando futuros desastres; al paso que la envidia que de él tenia la Europa le acarrió la enemistad de los poderosos, y le hizo conocer los escalabros, y sentir cuánto bien podia haber sacado del amor de sus súbditos, á quienes solo habia dado una monarquía absoluta.

«Aun desde niño (dice) el solo nombre de los reyes holgazanes y los mayordomos de palacio me disgustaba... El trabajo solo asusta á las almas débiles, y cuando sea ventajoso y justo un proyecto, será una debilidad no llevarle á cabo. La pereza en un rey es tan opuesta á la grandeza del valor como la timidez, y un monarca que tiene que vigilar por el bien público, es acreedor á mayor vituperio si evita un trabajo útil, que si se detiene á la vista de un peligro; porque el miedo del peligro puede calificarse de prudencia, al paso que el miedo al trabajo es siempre una molición indisculpable. El oficio de rey consiste principalmente en dejarse llevar del buen sentido, que naturalmente obra sin violencia.

» Las cosas de que tratamos seriamente son algunas veces ménos difíciles que las que nos divierten. El rey debe buscar siempre lo útil; por hábiles, por perspicaces que sean sus ministros, no puede desconocerse cuándo él interviene en los negocios.... Muchos (añade) creían que mi asiduidad al trabajo era como el fuego de la paja; pero el tiempo les ha demostrado lo contrario, pues me han visto seguir siempre el mismo camino y querer saber lo todo, oír las súplicas y las quejas del menor de mis súbditos, informarme del número de mis soldados y el estado de mis plazas, tratar directamente con los ministros extranjeros, recibir los despachos, contestar yo mismo á ellos, ó decir á mis secretarios en qué términos lo han de hacer; nivelar las rentas y los gastos, mandar que me diesen cuenta de los negocios los grandes empleados, despachar los asuntos reservados, distribuir las gracias segun me ha parecido, conservar yo solo toda mi autoridad, y sostener á los que mejor me han servido en una modesta posicion, distante de la categoría de los primeros ministros.»

En estas palabras se halla descrito su reinado y está amplificado aquel dicho suyo: *El Estado soy yo*. «Nada asegura el reposo y la felicidad de las provincias (se lee en sus escritos) como la concentracion de la autoridad en la persona del soberano; por pequeña que sea la parte que de él se elimine, produce males gravísimos. Se trastorna el órden de las cosas atribuyendo á los súbditos el derecho de resolver y al soberano la obligacion de aprobar. Solo á la cabeza corresponde deliberar y resolver; los otros miembros ejecutan. Un primer ministro al fin y al cabo es el hombre de vuestra eleccion, á quien asociáis al gobierno en la parte que os parece, y que disfruta del principal crédito en vuestros negocios, solo porque ocupa el primer puesto en vuestro corazon. Si se apropia vuestros bienes y autoridad, conserva á lo ménos gratitud y respeto hácia vuestra persona, y por grande que le hagáis, no puede ménos de caer tan pronto como dejéis de sostenerle... No sucede lo mismo con el poder que se atribuye á un pueblo reunido; cuanto mas le concedáis, mas pide; cuanto mas le acariciáis, mas os desprecia; y lo que adquiere está agarrado por tantos brazos que no se le puede arrancar sin mucha violencia.

» El que dió los reyes á los hombres, quiso que los respetasen como á sus vicarios, reservándose para sí el examinar su conducta; y es su voluntad que todo el que nazca súbdito obedezca sin examen (1). Aquella sujecion que pone á los soberanos en la necesidad de recibir la ley de sus pueblos, es la última calamidad que puede suceder á un hombre de

» nuestra posicion (1). Es uno de los defectos de la monarquía inglesa que el rey no puede levantar impuestos extraordinarios sin concertar con el parlamento, ni tener reunido el parlamento sin disminuir la mitad de su autoridad (2). Todo lo que se halla en la extension de nuestros Estados, de cualquier naturaleza que sea, nos pertenece por este título; el dinero que hay en vuestra gaveta, el que se halla en manos de nuestros tesoreros, y el que dejamos en el comercio de nuestros pueblos, debe ser considerado por nosotros del mismo modo (3). Persuadios, pues, de que los reyes son señores absolutos, y pueden naturalmente disponer con entera libertad de los bienes poseídos por los eclesiásticos y seculares, para que disfruten de ellos como prudentes administradores (4).»

Va mas léjos aun, porque despues de considerar los bienes como propiedad de la corona, le atribuye tambien la vida de los súbditos, de manera que la conserva y economiza por su propio interes, y «siendo patrimonio del príncipe la vida de sus súbditos, él mas que nadie debe tener cuidado de conservarla (5).»

Conviene exponer el ideal del despotismo para comprender á qué aspiraban los monarcas en la embriaguez de su orgullo, producida por el triunfo que consiguió sobre el feudalismo. ¿Qué otra cosa mas que estas máximas se necesita para pasar á la cumbre del absolutismo (6)? Y en efecto, el *gran rey* llegó á ella, aunque no abusó de su posicion como Luis XI y Felipe II; ántes bien engrandeciéndola á su país, obligó á que le admirasen aun aquellos que saben distinguir lo bueno de lo sorprendente; y no solo le perdonó su nacion, sino que persuadió á muchos de que el absolutismo era bueno.

Las guerras religiosas habian hecho perder á la monarquía todo lo que habia adquirido desde el tiempo de Luis XI, dando de nuevo preponderancia á la aristocracia de las provincias y de los gobiernos; y el edicto de Nántes calmó, pero no destruyó, la oposicion protestante. Richelieu trató de restablecer la unidad política y religiosa, y si no lo consiguió respecto de esta última, abatió á los hugonotes,

(1) *Id.*, t. II, 26.

(2) I, 174.

(3) II, 93.

(4) II, 131.

(5) II, 301.

(6) Lemontey (*Monarchie de Louis XIV, Œuvres*, t. V, p. 13) publica el principio de un curso de derecho público, mandado escribir para el duque de Borgoña, que dice así: «La France est un État monarchique dans toute l'étendue de l'expression. Le roi y représente la nation entière, et chaque particulier ne représente qu'un seul individu envers le roi. Par conséquent toute puissance, toute autorité résident dans les mains du roi, et il ne peut y en avoir d'autres dans le royaume que celles qu'il établit. Cette forme de gouvernement est la plus convenable au génie de la nation, á son caractère, á ses goûts et á sa situation. Les lois constitutives de l'État ne sont pas écrites; ou du moins le plus grand nombre ne l'est pas. La nation ne fait pas corps en France; elle réside toute entière dans la personne du roi, etc.»

(1) *Œuvres*, t. II, 336, edic. de 1816.

debilitó el poder de las provincias, y preparó la humillación del Austria, que fué luego llevada á efecto por Mazarino. Este disminuyó la fuerza del parlamento y el carácter batallador de la nobleza y las pretensiones de los príncipes de la sangre; de suerte que Luis XIV halló á la Francia harta de motines; al pueblo desengañado de los que le charlaban de libertad y de bien público; el comercio y la industria tomaban incremento y preferían la paz segura á las conquistas eventuales; la nobleza y la magistratura estaban abatidas por el desgraciado, ó mejor dicho, ridículo resultado de la Fronza; apenas quedaba memoria de los Estados Generales, y las inmunidades que quedaron á algunos Comunes desaparecieron durante las guerras civiles. Se continuó llamando libertades de la Iglesia Galicana á las libertades del trono; y el edicto de 1516 puso los beneficios en manos del rey, quien premiaba con ellos los servicios, llenando las prelacias de nobles vasallos suyos, los cuales dejaban los ayunos y las oraciones á los monjes, reservándose las rentas. El clero conservaba en apariencia su antigua representación, y se reunía cada cinco años en forma de asamblea deliberativa, pero en realidad para votar los impuestos, tolerándolo Luis porque tenía necesidad de dinero. Los grandes feudos no existían ya, y la nueva táctica hacía ménos necesario el valor personal: ya no podían formarse conspiraciones peligrosas con el nuevo sistema de ejércitos, de disciplina, de fortalezas y de parques: los dos ministros precedentes habían establecido una buena marina y los puertos de Dunkerque, Brest, Tolon, el Havre y Rochefort; habían rodeado de esplendor al trono con el fausto de la corte y la protección que dispensaron al saber; debió, pues, afirmarse mucho mas por esto la profunda persuasión de Luis, de que no podía existir la monarquía sino con las formas mas absolutas; tanto que aun en los países recientemente adquiridos destruyó todo lo que encontró de popular, hasta en el régimen de las Iglesias.

1651.

Luis envió al célebre viajero Bernier á la corte del gran Mogol, y á otros á Turquía y Persia para que recogiesen las prácticas y tradiciones del absolutismo; pero nunca pudo compararse el suyo al capricho brutal de los Orientales, pues se oponían á ello las costumbres del país, las ideas caballerescas del rey y la religion. Al salir la Francia de sus contiendas, se resignó fácilmente á sufrir las arbitrariedades que en su concepto eran necesarias para tener tranquilidad, y como tales aceptó las de Luis, tanto mas cuanto que su reinado coincidía con el brillo de una civilización mas grande; de manera que se miraba como bárbaro el tiempo anterior, y por consecuencia la resistencia de los señores feudales, de los Comunes y de las corporaciones. Además Luis procuró consagrar el nuevo poder calificando la obediencia pasiva de dogma religioso, y por tanto la duda y el exámen eran no solo un

principio de rebelion, sino tambien una impietad; pero aquella religion del despotismo solo podia disfrazarse por un instante con los vestidos de la católica, que es muy superior á los mudables accidentes de la política. En todas partes substituyó la accion de los magistrados al celo del ciudadano, y al espíritu público el despotismo; pero aquella administracion produjo el movimiento regular de las funciones públicas, por cuya razon se introdujo la máxima adoptada posteriormente, de que el Estado mejor constituido es el mejor administrado, y se evitaron los golpes de Estado.

La mayor dificultad para los gobernantes de aquel tiempo era la hacienda, porque no existiendo ya el feudalismo, que reducía á servicios personales la administracion, la justicia y el ejército, y estando encomendados estos ramos á la corona, los gastos excedían á los recursos que podia proporcionar la capacidad de los reyes, faltos de experiencia para sacar de los pueblos lo mas posible con el menor gravámen, evitar las malversaciones y economizar en los gastos de la administracion; con tanta mas razon cuanto que aun no se conocía la magia del crédito. Después de haber derrochado grandes sumas en las largas guerras pasadas y en caprichos, no se conocía otro medio de subvenir á las necesidades nacientes mas que la creacion de nuevos impuestos. Pero no era suficiente el fruto que estos producían, porque se enajenaban á los asentistas para cobrarlos de una vez, ó á las ciudades y provincias que querían redimirse de ellos; y cuando se concluía aquel fondo, era preciso exigir nuevas contribuciones.

La previsora administracion de Sully sucumbió en breve con los nuevos desórdenes; y la paciencia de los pueblos fué puesta á una durísima prueba por medio de exacciones dobles y triples, y por impuestos ignorados tal vez del rey, que redundaban en provecho de los ministros y gobernadores, y que eran exigidos por una caterva de cobradores, cuya dureza producía frecuentes alborotos. El Estado se veía precisado á tomar dinero á préstamo hasta al treinta por ciento. En 1660 se halló que los derechos de aduanas se habían aumentado en un sesenta por ciento, y sin embargo rendían ménos que al principio: si bien las contribuciones se aumentaron desde veinte hasta cincuenta y siete millones, se disminuyó su producto, habiendo sido necesario percibir adelantados los ingresos de dos años; todos los que podían defraudar al Erario, no creían cometer un robo robando al público, y sin necesidad de recurrir á otros ejemplos, baste citar el considerable caudal acumulado por Mazarino. Con su mera firma disponía de los fondos del tesoro el intendente, y valiéndose de él, dilapidaba Fouquet al Erario, y por medio de falsos estados se burlaba del rey para enriquecer á Mazarino y hacerse rico á sí mismo; con esto pudo emplear diez y ocho millones

H aden da.

Colbert.
1619-83.

en adquirir nada mas que una hacienda (Vaux) y ponerla mas linda, por manera que llegase á superar á cualquier otro palacio y casa de campo de Francia (1). En cuanto abrió Luis los ojos, temiendo que se sublevaran los muchos amigos y pensionados que rodeaban á aquel, aceptó el convite á una fiesta en que Fouquet gastó solo en la comida 120,000 francos (2): le invitó en cambio á Nantes y le mandó prender y procesar. Fué condenado á destierro perpétuo, y Luis cometió la real injusticia de agravar la pena conmutándosela en prision perpétua, á fin de que no descubriese los secretos de Estado (3).

Le substituyó con el nombre de interventor general Juan Bautista Colbert, de Reims, hombre que se elevó por sus solos méritos, y recomendado al rey por Mazarino como el mejor regalo que podia hacerle. Era severo, tardo para concebir, de obstinada voluntad, gruñon, brutal, impasible, destruía todo lo que se oponía á sus intentos; daba de palos á su propio hijo, y sin embargo aparentaba buenos sentimientos y costumbres patriarcales. No puede olvidarse que se sirvió de muy bajos medios para perder á Fouquet, ni su manía de hacer noble á toda su familia; que casó á sus hijas con personas de alta alcurnia, que colocó á sus hijos en pingües empleos, ni que dejó una hacienda que él mismo valía en diez millones. Esto hacían entonces los jefes de hacienda sin perder la fama de hombres honrados. Pero es indecible lo que escribió de su puño como secretario de Estado, porque todo lo hacía por sí mismo, llevando un orden admirable. No dejó holgar ningun elemento de la prosperidad francesa: desde luego la confiscacion de los bienes de Fouquet puso en buen estado al Erario, y las muchas operaciones de comercio, la supresion de empleados y de gastos inútiles, la simplificacion de la cobranza, los reintegros por rentas compradas á bajo precio ó fraudulentamente, y la probidad en la administracion hicieron el resto; de suerte que en 1662 hubo un residuo de 45,000,000. Colbert hacía consistir la economía, no en gastar poco, sino en gastar á tiempo, y decía al rey. « Es preciso economizar cinco sueldos en las cosas superfluas, y tirar millones cuando os va en ello la gloria. Una comida inútil de 3,000 francos me causa un gran disgusto; pero si se tratase de millones de oro para la Polonia, vendería todos mis bienes, empeñaría á mi mujer y á mis hijos, y andaría á pié toda la vida para suministrarlos. »

Otras veces le reconviene por su despilfarro con una franqueza inusitada entre los insípidos

(1) Aun suponiendo que haya exageracion en el relato de madama Scudery, con motivo de los despilfarros de Fouquet, sabemos que el duque de Villars, que cien años después era dueño de aquel castillo, vendió la cañería de plomo que servía para conducir el agua, y sacó de ella 390,000 libras de entónces.

(2) En 1662 cierto banquero dió á Napoleon una comida, y gastó tres millones. Pero ahora estamos en unos tiempos en que todo se hace con exageracion.

(3) No tiene prosélitos la opinion de Jacob Bibliophile, de que Fouquet fué el famoso hombre de la máscara de hierro.

aristócratas. « Suplico á Vuestra Majestad me permita decirle que ni en guerra ni en paz ha consultado nunca el estado de sus rentas para pagar los gastos, cosa extraordinaria y á la verdad sin ejemplo; y si quisiera V. M. comandar los de los años pasados desde hace veinticinco que tengo el honor de servirle, vería que aunque los ingresos han aumentado bastante, los gastos les exceden en mucho; y esto acaso llevaría á V. M. á moderar los excesivos y nivelar las entradas con las salidas. » El que tan francamente hablaba á un rey tan absoluto, debía hallarse bien convencido de la utilidad de su plan y obligarle á realizarlo al traves de los obstáculos con una firmeza que rayaba en obstinacion é intolerancia (1).

Son célebres sus ordenanzas sobre el comercio y la marina, para engrandecimiento de la cual se habia propuesto: 1º reunir una gran cantidad de materiales y formar operarios, llevándolos tambien de fuera; 2º edificar arsenales donde colocarlos y conservarlos; 3º construir muchas naves, y luego formar un gran cuerpo de oficiales, marineros y otros hombres de mar, sujetos á la mas exacta disciplina; tenerlos en movimiento con continuos armamentos, y emplear sus operaciones en ventaja del comercio (2). En efecto, se construyeron nuevos puertos, se compusieron los antiguos, gastándose solo en el de Rochefort 20,000,000. La marina constaba de ciento noventa y ocho buques de guerra con sesenta mil marineros. Se arrancó á Inglaterra el secreto de las victorias navales; se protegió la pesca que, además de explotar los tesoros del Océano, forma los mejores hombres de mar. Encontró treinta buques de guerra y dejó ciento sesenta y seis, además de sesenta y ocho en construccion y treinta y dos galeras; encontró mil cuarenta y cinco cañones y dejó siete mil seiscientos veintitres, y en proporcion materiales para los puertos.

Conoció desde luego que la prosperidad pública no puede promoverse mejor que favoreciendo la privada y extendiendo los medios de produccion. La opinion de Sully habia desacreditado el comercio y las manufacturas; pero los hombres prácticos y los comerciantes decían al rey: « Señor, la experiencia hace ver que los impuestos excesivos no aumentan las rentas del Estado, y hacen perder de una vez lo que se gana poco á poco. Solo la industria y el comercio atraen el oro y la plata con que se

(1) Luis se disgustó de que le hiciesen aquellas prevenciones y le escribió: « Fui bastante dueño de mí mismo para ocultaros la pena que me causaba oír que un hombre como vos, colmado por mí de beneficios, me hablaba como lo habéis hecho. Mucho os quise y lo ha demostrado lo que hice. Todavía os quiero y creo daros de ello una prueba suficiente, diciéndoos que me contuve un momento por ser vos. No os expongáis de nuevo provocándome, porque después que he oído vuestras palabras y las de vuestros compañeros, y después de haber resuelto sobre vuestras pretensiones, no quiero volver á oír á hablar de ello. » Este orgullo aumenta el mérito al ministro.

(2) Puede verse su proyecto en SUE, *Histoire de la marine française*. Vol. 1, pág. 288.

» sostienen los ejércitos : si nuestros fabricantes sacan provecho de su industria, no es sin ayuda de los extranjeros que nos suministran lanas finas, en vez de las nuestras que son demasiado gruesas, drogas para teñir, especias, azúcar, jabones y cueros que no existen en el reino, y no podemos pasar sin ellos. Al vendérsenos los extranjeros, no dejarán de cargar con derechos estas mercancías, de manera que no podremos comprarlas ó cerrarán la puerta á nuestras manufacturas, quedando desocupados nuestros trabajadores y aumentando el número de los hombres inútiles y de los mendigos.»

Aquí vemos que el buen sentido adivinó lo que después enseñaron las teorías; cuyo camino siguió Colbert, pensando en general: 1º que no debían importarse géneros que Francia podía suministrar, y que de los demás se llevasen los menos posibles ó se comprasen por cambio con otros para evitar que saliese dinero del reino; 2º exportar lo superfluo ó inducir á los extranjeros á comprarlo para recuperar los capitales; 3º establecer al efecto muchas fábricas y darles impulso, no por medio de privilegios, sino disminuyendo los derechos de entrada sobre las primeras materias, facilitar y asegurar las comunicaciones, suministrar capitales del fondo público á los particulares, perfeccionar las fábricas y buscar negocios mercantiles. Francia era un conjunto sin unidad, donde además de veintisiete generalidades que eran gobernadas por intendentes, existían provincias (*Bretaña, Languedoc, Auvernia, Rosellon, Perche, Alsacia, Franco Condado, Artois*), ducados (*Lorena, Bar, Borgoña*) y distintos países (*Bugey, Gex, Bresse*); cada país tenía diferente sistema de impuestos y exenciones particulares, así es que todos estaban cercados de aduaneros. El Artois no pagaba contribuciones, gabelas ni derechos, y por tanto tenía que estar cercado para que los vecinos no se aprovecharan de sus franquicias. Una pieza de tela fabricada en Valenciennes debía pagar al ser transportada á Bayona la entrada en Picardía, la salida en el Poitou, en Burdeos la *contablie*, al entrar en las Landas el *tratado de Arras*, y en Bayona el *costume* (1). Los países agregados á Francia después de la época de Francisco I estaban exentos de los llamados cinco gruesos impuestos.

Colbert arregló los derechos de entrada y salida (2), y abolió los más onerosos en cuanto le fué posible; pedía parecer á los comerciantes y se proponía desviar por medio de una ocupación honesta la inclinación de muchos á vivir ocupando cargos sin funciones (3); disminuyó

(1) BOULAINVILLERS, *Etat de la France*, Paris, 1728.

(2) La aduana de Lyon obligaba á llevar por medio de Lyon las mercancías que entraban ó salían por el Mediodía y el Oriente de Francia, pagando enormes derechos y sufriendo la incomodidad y perjuicios consiguientes. Lo mismo sucedía en la de Viena, y Colbert no pudo abolirla.

(3) Vivían más de cuarenta y cinco mil familias con el producto de empleos, para cuyo desempeño solo se necesitaban seis mil.

los peajes que detenían á cada paso las mercancías nacionales, y dejó libre el paso á las extranjeras, conociendo la importancia de las comunicaciones, hizo unir los dos mares por medio del canal del Languedoc, que tiene de longitud 125,435 tosas, según el plano de Pablo Riquet, y mandó trazar otros; perfeccionó las postas y creó los correos interiores; hizo cuanto pudo para conseguir que los comerciantes obtuviesen pronta justicia en los países extranjeros; abolió gabelas, construyó mercados, declaró al comercio del mar compatible con la nobleza, y estableció la compañía de las Indias Occidentales, con privilegio por cuarenta años, para comerciar en África y América, y la de las Orientales. Se fundaron colonias en Madagascar, en Cayena y en el Canadá; se estableció el consejo de comercio para que expusiese las necesidades de la industria; se crearon inspectores para que dirigiesen las fábricas, y se divulgaron algunos procedimientos sacándolos del misterio en que yacían. Persuadido aquel de que la bondad de los trabajos era el mejor recurso para impedir la concurrencia extranjera, desplegó un lujo tal de castigos contra los errores de química y de mecánica, cual si se tratase de delitos contra la moral. Rectificó la tarifa de las aduanas haciéndola protectora de las fábricas del interior, y en ella se funda la inculcación que se le hace como autor del sistema de las exclusiones, que tomando su nombre fué llamado *Colbertismo*.

Aquel sistema mercantil era conocido mucho tiempo hacía, y Colbert no le adoptaba en la extensión que le dieron sus secuaces, los cuales con la autoridad de aquel ocultaron una grande injusticia, admitida por los comerciantes porque conservaba elevados los precios de los géneros. Casi todos los economistas ensalzaron el aislamiento industrial, sin tener presente que si llegaba este á ser universal, perdería su utilidad; y que si todos quisiesen vender sin comprar, cesaría de golpe el comercio. Entonces los trabajadores fueron sacrificados á los capitalistas, y en medio de aquella riqueza aparente, se aumentaba la miseria de las clases numerosas; en vez del trabajo pacífico y seguido al principio, se obtuvo un producto artificial, y todo andaba entre privilegios; y la administración multiplicó los obstáculos que duran en su mayor parte hasta hoy; porque se hallan revestidos de fórmulas dogmáticas. Entonces se decía: el dinero es la riqueza, y el que lo tiene manda al que no lo tiene; debe ser el fin principal de todo gobierno el procurar cuanto pueda á su nación. Mas el dinero no puede aumentarse en un país sino sacándolo de la tierra ó por medio de la importación; de manera que es necesario ó cogerlo de la tierra, ó introducirlo mediante la exportación de las mercancías; en su consecuencia se formó un balance de los productos que salían con los que entraban, y con arreglo á su resultado se llamaba rico ó pobre á un país.

El colbertismo.

Colbert se equivocó en dar demasiada importancia al dinero contante, error que nació en España en tiempo del descubrimiento de América, y no vió que un país paga siempre con sus propios productos los productos que lleva de fuera, ya los reciba en dinero, ya en mercancías. La España (pensaba él) tiene minas, la Francia no; es, pues, preciso igualarlas en cantidad de dinero exportando mercancías é importando solo moneda. Sin embargo, aunque es cierto que hizo cumplir los reglamentos con demasiado rigor, también lo es que nunca pensó en restringir el comercio en beneficio de nadie, ni establecer monopolios perpetuos; y si aumentó el rigor con los géneros extranjeros, fué cuando lo consideró como un medio de hacer la guerra á Holanda. Los artífices franceses se acostumbraron á considerar como derecho el exclusivismo concedido por los privilegios, y prevaleció la idea de la enemistad de los pueblos industriales, surgiendo de aquí las guerras y las distintas ideas de economía en el pueblo y en los reyes. Por consecuencia, todos se dedicaron á fabricar cosas que los extranjeros tuviesen que comprar; y si á estos les ocurría fabricarlas también, se impedía exportar las primeras materias. Así, pues, había prohibiciones para la entrada, prohibiciones para la salida, con todo aquel miserable aparato que rige aun hoy en las aduanas. Esto produjo los conflictos, y que se pusiesen más caros los objetos de que había más abundancia; también hubieran nacido de aquí males mucho peores, si el contrabando no hubiese enmendado los resultados de la ignorancia, disminuyendo las distancias, moderando la exorbitancia de los precios y eludiendo el rigor de las tarifas.

Mientras Francia buscaba la prosperidad en la restricción, Holanda la halló en la libertad: sin producir nada tenía abundancia de todo; á sus mercados afluían los granos, aunque hubiese escasez en otras partes; tenía ella sola tantas naves como el resto de Europa, y los comerciantes hacían conocer al gobierno que el principal elemento de su prosperidad era la tolerancia política, comercial y religiosa.

Los Ingleses creyeron cortar el vuelo á semejante prosperidad por medio del *acta de navegación*, que concedía á la marina inglesa el monopolio de los trasportes, é imponía á las naves extranjeras crecidas contribuciones, cuando no una prohibición absoluta. La Francia secundó esta hostilidad con su tarifa de 1664, empezando así la guerra de aduanas y la manía de perjudicarse; llegó á establecerse como regla del derecho de gentes que el bien de un pueblo se funda en el mal de los otros, y las compañías con medios reprobados y hasta inicuos impidieron la concurrencia de sus émulos. Tales determinaciones no pueden justificarse sino como sugeridas por la política, la cual tiene tan poco en cuenta la riqueza ó el bien de los pueblos como la moralidad.

Sin embargo, la industria llegó á tomar impulso, y las sociedades privilegiadas la desarrollaron tanto que, no siendo suficientes los capitales, hubo necesidad de recurrir á los bancos, que dieron origen al crédito.

Recordaremos aquí que la economía política como ciencia se hallaba en su infancia. Algunos estadistas trataron de ella por incidencia; otros lo hicieron solamente de algunas de sus partes, como el comercio y los metales preciosos: en Italia tenemos á Serra que escribió con bastante acierto de esta ciencia, y Geminiano Montanari, de Módena, trató después de las monedas mejor que los que le precedieron, estableciendo axiomas evidentes hoy, pero que entonces estaban en oposición con la práctica. La Holanda, aunque dedicada enteramente al comercio, carecía de conocimientos científicos en la materia: la Inglaterra, por el contrario, se entregó á su estudio con un afán tan grande como su prosperidad comercial, si bien no produjo autores filosóficos. Tomas Mun, apóstol del sistema mercantil en aquel país (1), estableció que «el medio ordinario de aumentar las riquezas es el comercio extranjero, dirigido á vender á los extraños más de lo que se consume de sus productos.» Para esto era preciso vender á buen precio. Pero ¿cómo despachar caros los productos de la industria de un país en que tanto abunda el dinero? Mun no lo dice: Sir Josias Child escribió un discurso sobre el comercio, siguiendo el mismo sistema (1670). La escasez de metales produjo un gran conflicto en tiempo de Guillermo III; por lo que se habló mucho de ello, y Locke publicó las *Consideraciones sobre las consecuencias de la reducción del interés y del aumento del valor del dinero* (1791) y otros libros correspondientes á la teoría mercantil; pero dando poca importancia á la posesión de los metales preciosos, y considerándolos por lo que son, esto es, la riqueza conmutable de las naciones y una de las más apreciadas por su duradera naturaleza, y porque siempre son buscados. Consideró como imposible regular los intereses por medio de leyes, prohibir la exportación del dinero, y como un robo el aumento del valor nominal de las monedas.

Colbert no supo tampoco en esta ciencia lo que hoy se enseña á los que principian á estudiarla: no tuvo idea del crédito; pero su talento práctico le indujo á dictar disposiciones que en aquel tiempo dieron inmensa riqueza á la Francia. Cuando en 1661 se hizo cargo de la hacienda, había 52.000.000 de deuda, se pagaban de contribución 53, pero la renta disponible se reducía á 31.000.000, quedando el resto para gastos de exacción é intereses de los arrendadores. En 1683, cuando murió Colbert, la contribución se había reducido á 35.000.000, á 32 la deuda, elevándose á 84.000.000 los

(1) *Tesoro de la Inglaterra con el comercio extranjero*. 1664.